



Esquema de la mariposa desde el huevo al insecto adulto.

## La mariposa de alas azules

La reina de las mariposas habita en las montañas sombrías de la región costeña, donde bate sus grandes alas azules, con ritmo acompasado, cual si mostrara con orgullo su rico manto de esmeralda. En cambio las mariposas nocturnas visten trajes oscuros, pero unas y otras se reproducen por huevos y pasan por los estados de larvas, orugas y crisálidas, alimentándose en su primer estado de sustancias vegetales.

Hay en el vuelo de la mariposa la suavidad de movimientos tenues, como la consistencia de sus alas, sutiles como el rayo de luna, que se infiltra por la ventana: son

la poesía de la Naturaleza, que dora todas las manifestaciones de la vida.

Al descender por la cordillera volcánica, desde lo alto de La Palma hacia las llanuras del Atlántico, se presenta en la cumbre de los árboles más altos el divino Quetzal, con su manto de grana y de esmeralda, volando con donaire, cual si fuera el rey de la montaña, y luego, en el monte bajo, la mariposa de alas azules, que abanica la floresta, completando los encantos del paisaje tropical, donde hasta las serpientes se adormecen al arrullo de las aves.

Como no podemos presentar grá-

ficamente la forma y colores de la mariposa de alas azules, nos vemos obligados a reproducir el esquema de una mariposa nocturna, con sus huevos, orugas y larvas, alimentándose sobre una hoja, de la cual queda solamente el esqueleto. Las mariposas nocturnas entran en las casas del campo, atraídas por la luz de las habitaciones y en las ciudades pueden colectarse por centenares al pie de las lámparas eléctricas, en las calles y jardines públicos.

La mariposa de alas azules (*Morpho peleides*) mide quince centímetros de amplitud, con las alas abiertas y es una de las joyas más bellas de la Naturaleza. Es el alma del bosque tropical, que da una pincelada de encanto con su vuelo rítmico debajo de los árboles. Cuando se posa con las alas cerradas pasa desapercibida, para defenderse de las aves insectívoras, cual si fuera la hoja seca desprendida de un árbol.

En el orden de los vertebrados son comparables algunas mariposas con el colibrí, por el brillo de su coloración, por la sutileza de sus movimientos, pues hay especies que revolotean sobre las flores con tal rapidez que pueden confundirse con un colibrí; las hay que desaparecen con la rapidez del relámpago, sin que se pueda siquiera ver la forma de sus alas, ni la dirección que siguieron al escaparse.

Mientras el colibrí se posa con toda tranquilidad en una ramita seca, para limpiar con el pico el brillo de sus plumas, la mariposa se deja llevar por la brisa y forma columnas migratorias por el campo y calles de la ciudad, despertando la atención de los niños, que las persiguen con bolsas flotantes de gaza verde, cual si fueran estandartes desplegados al viento por jóvenes amantes de la Naturaleza.

La mariposa de alas azules requiere el bosque sombrío para des-

plegar el brillo de su regio manto, como los pintores antiguos revelaron su genio en el palacio de los Papas, los reyes y los emperadores, pues sólo a Cervantes le fué dado desplegar su ingenio en las mayores estrecheces de la vida.

La Naturaleza revela sus encantos en el nido del colibrí, en el cáliz de una flor, en el arrullo de las aves o en los juegos de luz entre las nubes, al amanecer y ponerse el sol. Son los celajes la suprema manifestación de la belleza, así se presenta en el crepúsculo de la tarde o en ramos de flores humanas, como lo hacen los artistas. Todo es tan pasajero en la vida, que al correr de los años apenas nos queda el recuerdo de lo que fué nuestro mayor atractivo, diáfano y puro como la primera luz de la mañana: el mayor elogio que hemos oído de labios de un pastor protestante al despedir el cadáver del anciano Mr. Champney "fué un hombre tan pu-

ro, que jamás cometió una mala acción".

Hay en los recuerdos un manantial de pureza, donde vemos correr el arroyo de aguas cristalinas, donde vimos pecesitos que nos cautivaron con sus movimientos y reflejos metálicos, cual si fueran de oro reluciente, donde oímos en otros tiempos el canto del jilguero, de notas armoniosas, donde oímos el susurro del viento en el piuar y tantas manifestaciones de la poesía de la Naturaleza, que son destellos de la Divinidad flotantes en el Espacio.

Los hombres que fincaron su orgullo en el dominio de sus semejantes o en el acaparamiento de riquezas, sienten luego sus anhelos desvanecidos y se preguntan al final de la vida ¿para qué venimos al mundo?; mientras los que viven de ilusiones mueren pensando en un cielo ocupado por vírgenes inmaculadas o en una Naturaleza poblada con mariposas de alas azules.